

abastecer á la guarnición de Dantzick, dióse al general Rapp orden de que comprara grandes cantidades de trigo y avena y de hacer una pesquisa secreta de las porciones de cereales que existían habitualmente en esta plaza, con el fin de apoderarse de ellos en un momento dado. Siendo Dantzick el granero del Norte, se podía allí encontrar alimento para un ejército de quinientos á seiscientos mil hombres. Sobre todas las cosas que iban á pasar por su mano, debía el general Rapp, según Napoleón le escribía, *obrar y cortar su lengua*.

Además de los puntos de apoyo que Napoleón tenía en el Norte, tales como Dantzick, Thorn, Stettin, Custrin, pensaba en crearse en el centro de Alemania un depósito que fuera tan vasto y seguro como el de Dantzick, bien que situado entre el Óder y el Rhin, y capaz de contener á un enemigo que viniera por mar. En tal posición ya tenía á Magdeburgo; pero esta plaza de gran fuerza y en la cual se necesitaba hacer poco, estaba muy arriba en el Elba, demasiado lejos del mar y no situada de manera de contener á Hannover, á Dinamarca, á Pomerania. Por el contrario, todas las ventajas de situación de que Magdeburgo carecía, juntábalas Hamburgo: si el numeroso vecindario de esta ciudad ofrecía algún peligro de revueltas, también abundaba en material de todas clases, y Napoleón juzgaba con fundamento que un ejército no halla los inmensos recursos de que tiene urgencia sino en el seno de poblaciones acumuladas, provistas de todo lo necesario para el mantenimiento, la vivienda, el vestido, el acarreo. Igualmente reflexionó que, siendo Hamburgo principal cabeza de los tres nuevos departamentos anseáticos, siempre habría allí aduaneros, recaudadores de contribuciones, gendarmes, marinos, soldados salientes de los hospitales, batallones de depósito, diez ó doce mil franceses, que juntos compondrían una guarnición poderosa, y más dejando constantemente en la plaza un núcleo de tropas de artillería é ingenieros. Además Hamburgo tenía la ventaja de poder abrigar en sus aguas la escuadrilla de las costas, pues recibía en sus aguas grandes corbetas y hasta fragatas. De consiguiente Napoleón ordenó que se ejecutaran importantes trabajos para abarcar, ya que no en un recinto continuo, al menos en una serie de obras bien enlazadas, esta vasta ciudad anseática, que iba á ser cabecera de nuestro establecimiento militar en el corazón de Alemania y camino de Rusia.

A los numerosos puntos de apoyo situados en esta vía necesitaba Napoleón añadir medios extraordinarios de transporte, para superar la formidable dificultad de las distancias, que, según se ha visto, era la principal de la guerra que se preveía. Ya había hecho mucho á favor de esta parte importante de los servicios militares. Con efecto, en las guerras de principios de siglo, los víveres, las municiones y aun la artillería se fiaban á simples carreteros, ó se exigían sobre los lugares, ó eran suministrados á compañías de asentistas, llenando muy mal sus deberes, sobre todo en los momentos de peligro. Napoleón había fiado antes que otro alguno la artillería y las municiones, cuyo transporte y cuya custodia tiene á cargo esta arma, á conductores soldados, gobernados como los demás por la disciplina y honor militares.

Lo propio había hecho respecto de los bagajes de las tropas, tales como víveres, útiles, camillas, formando batallones denominados del tren, que custodiaban cajo-

nes numerados á las órdenes de oficiales y sargentos. De estos batallones había en Francia, en Italia, en España: habiendo perdido los que se hallaban en este último punto sus carros y sus caballos, casi estaban en cuadro, y así no podían prestar en la península ningún servicio. Después de reunir Napoleón en un pequeño número de estos cuadros las reliquias de hombres y de caballos, dirigió hacia el Rhin los cuadros ya disponibles, ordenando que fueran completados, y sin revelar el motivo, dispuso que en Placencia, en Dole, en Besanzón, en Hamburgo, en Dantzick se fabricaran numerosos cajones. No faltaba más que proporcionarse caballos, bien que se podían comprar á última hora en Francia, en Suiza, en Italia, donde abundan los de tiro. Fuera de los vastos almacenes establecidos junto al Vístula y junto al Niemen, proyectaba Napoleón llevar consigo víveres para cuatrocientos mil soldados. Nunca se había concebido la guerra en tamañas proporciones, y si causas morales no venían á desbaratar estos esfuerzos prodigiosos, la civilización iba á ofrecer en el año de 1812 el espectáculo de la mayor dificultad superada jamás por hombres.

Para hacer frente á todos estos dispendios tenía Napoleón el producto de las presas de los géneros coloniales, que habían proporcionado sumas cuantiosas, sobre todo en el Norte, con lo que se hallaba el dinero á mano. A los cuidados para el material se debían unir los cuidados para el personal del futuro ejército de Rusia. Por primera vez desde muy atrás había transcurrido un año, el de 1810, sin conscripción ó quinta: cierto es que el cupo de 1810 se había sacado en 1809 por la costumbre ya establecida de exigir con un año de anticipación cada cupo; mas al cabo á los ojos de la población se había descansado por un año del espectáculo afflictivo de los sorteos, y la quinta de 1811 se hallaba intacta á principios de año, sin haber sido llamada antes de cumplir la edad del servicio. Napoleón determinó que se sacara inmediatamente, reservando para 1812 la del mismo año, si de los preparativos se pasaba á la guerra. Mandó, pues, al ministro Clarke, duque de Feltré, que de los quintos batallones, que eran los del depósito, pasaran á los cuartos los reclutas ya instruídos, y dejara en dichos quintos batallones, lugar para la conscripción que iba á ser efectuada. Determinó que los soberbios regimientos del cuerpo del mariscal Davout, que debían servir de núcleo al grande ejército, se aumentaran con un regimiento ligero, lo cual les haría subir á diez y seis, y recibieran inmediatamente su cuarto batallón, no teniendo allí más que tres cada uno, y se les agregaran los regimientos holandeses recién incorporados al ejército de Francia, los tiradores del Po y también los tiradores corsos. Esta excelente infantería, con cuatro regimientos de coraceros, seis regimientos de caballería ligera y ciento veinte bocas de fuego, debía presentar un cuerpo de ochenta mil hombres, sin par en Europa, salvo entre ciertas tropas del ejército de España. Napoleón decretó que se completaran inmediatamente los coraceros, los cazadores y los húsares, desparramados por los acantonamientos de Picardía, de Flandes y de Lorena, comprendiendo más de veinte regimientos, pudiendo suministrar aún veinte mil jinetes cabales, dignos compañeros de la infantería del mariscal Davout. Tanto en las orillas del Rhin como en

las costas del canal de la Mancha y de Holanda había regimientos de infantería de las famosas divisiones de Boudet, Molitor, Carra-Saint-Cyr, Legrand, Saint-Hilaire, que habían sostenido los combates de Essling y de Aspern. Trasladando á más de los batallones de depósito á los batallones de guerra á los reclutas ya instruídos, se podían proporcionar á estos regimientos tres excelentes batallones, y más adelante cuatro, si la guerra no tenía lugar hasta 1812. Así debían presentar los elementos de un segundo cuerpo tan poderoso como el primero, escalonado algo más allá del Rhin y con destino á reemplazar junto al Elba al mariscal Davout cuando éste se adelantara hacia el Óder. Quedaba el ejército de Italia, apoyado por el de Iliria ya la derecha y por el de Nápoles á la espalda. Ya Napoleón había traído á Lombardia muchos regimientos del Friul, substituyéndolos en esta provincia con un número igual de regimientos de Iliria: también había llamado de Nápoles á muchos regimientos que á Murat no le hacían falta. No temiendo desguarnecerse por la parte de Italia en el estado de sus relaciones con Austria, proponiase formar entre Milán y Verona un buen cuerpo de quince á diez y ocho regimientos de infantería, de diez regimientos de caballería, al cual vendrían á juntarse los treinta mil lombardos que componían el ejército propio del reino de Italia, siendo fácil completarlos con los hombres ya instruídos en los depósitos y que iban á ser reemplazados por la conscripción de 1811. De consiguiente al desemboque de los Alpes se podía tener muy en breve un tercer cuerpo, que á la primera señal pasara del Tirolo á Baviera, de Baviera á Sajonia, donde encontraría ya preparados y aguardándole á los ejércitos sajón y polaco.

El proyecto de Napoleón, si la guerra con Rusia le sorprendía este mismo año, es decir, en 1811, lo cual no creía, estribaba en llevar sin demora junto al Vístula el cuerpo del mariscal Davout, fuerte de ochenta mil hombres, y cuyas avanzadas se encontraban ya junto al Óder, movimiento que se podía ejecutar en un abrir y cerrar de ojos, tan luego como los rusos inspiraran una inquietud seria. Estos ochenta mil franceses debían encontrar á cincuenta mil sajones y polacos escalonados desde el Wartha al Vístula, una guarnición de quince mil hombres en Dantzick, presentando al enemigo una primera masa de cerca de ciento cuarenta mil combatientes, muy bastante para contener á los rusos, si éstos habían desplegado una actividad poco presumible. Veinte mil coraceros y cazadores, los más veteranos jinetes de Europa, habrían de ir detrás sin tardanza: aprestado estaría con pocos días de intervalo el cuerpo formado junto al Rhin y fuerte de sesenta mil hombres, y con un mes de posterioridad el ejército de Italia, los contingentes alemanes y la guardia imperial harían subir á trescientos mil hombres las fuerzas del imperio contra la Rusia. Muy dudoso era que los rusos, aun sacrificando la guerra de Turquía, hubiesen podido reunir en igual espacio de tiempo medios de tanta monta.

Así, dando por supuesta una sorpresa, poco verosímil, es decir, las hostilidades en 1811, Napoleón debía estar mejor preparado que los rusos. Pero si, como parecía indicarlo todo, la guerra era á la vez inevitable y diferida, teniendo tiempo de llamar la conscripción

de 1812 después de la de 1811, Napoleón estaba en proporción de juntar fuerzas todavía mucho más impo- nentes, dado que podía elevar los regimientos del mariscal Davout á cinco batallones de guerra, los del Rhin á cuatro, los de Italia á cinco, todos sus regimientos de caballería á mil doscientos hombres, y hacer ingresar finalmente el sobrante de las conscripciones de 1811 y de 1812 en cierto número de cuadros de batallones sacados de España, cuidando de no tomar más que el cuadro y de dejar en España todo el efectivo. Gracias á estos diversos medios podía Napoleón presentar trescientos mil franceses y cien mil aliados junto al Vístula, una reserva de cien mil franceses junto al Elba, ciento treinta y cinco batallones de depósito ocupados dentro del imperio en instruir á los reclutas y en guardar las fronteras, sin que por virtud de estas diversas medidas se hubieran debilitado las tropas destinadas á la península de un modo sensible; armamento formidable que debía hacer temblar á la Europa, embriagar de orgullo demente al conquistador que poseía estas muchedumbres armadas, y aun quizá asegurar el triunfo de sus gigantes pretensiones, si el lazo que unía esta inmensa máquina de guerra no llegaba á ser roto por accidentes físicos siempre de temer, ó por causas morales ya fáciles de columbrar.

No se limitó Napoleón á estas precauciones militares, antes bien dió á su diplomacia un sesgo en armonía con sus designios, y particularmente en lo relativo á Turquía y á Austria.

En Turquía había sido fiel á los empeños contraídos con el emperador Alejandro, tanto en Tilsit como en Erfurt, y nunca había ejecutado cosa que pudiera hacer desistir á la Puerta de abandonar las provincias danubianas á Rusia. De continuo dijo allí por conducto de su encargado de Negocios Mr. de Latour-Maubourg, y en secreto á los turcos, que no les creía en estado de disputar á la Rusia por largo tiempo la Moldavia y la Valaquia; que les aconsejaba por tanto la cesión de estas provincias, pero de nada más que ellas, pues si Rusia llevaba más lejos sus pretensiones, se hallaba dispuesto á dar apoyo á su resistencia. Efectivamente, cuando á propósito de los límites de la Besarabia y de la Moldavia se había tratado de adelantar la frontera rusa hasta el viejo Danubio, cuyo lecho se halla entre Rasova y Kustendje, aconsejó á los turcos que rehusaran la concesión ésta, y aun les ofreció un tratado de garantía, por el cual, una vez estipulada la frontera del Danubio con Rusia, se comprometía á mantener la independencia y la integridad del imperio otomano más allá de esta frontera.

Pero al dar la diplomacia francesa tales consejos y muestras de interés á los turcos, hallólos malísimamente dispuestos respecto de ella. Desde las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, cuyos pormenores comunicaron los ingleses á la Puerta, exagerándolos en gran modo, se consideraron absolutamente abandonados los turcos á la Rusia por Francia, la cual, al decir de ellos, había hecho traición á una amistad que databa de muchos siglos. A tal punto había llegado su desconfianza que nada se prestaban á creer de cuanto les decía la legación francesa, reducida entonces á un simple encargado de Negocios. No sólo se sentían profundamente lastimados en su interés más apremiante, el de las provin-



cias danubianas, sino ofendidos en su orgullo, pues Napoleón, por descuido ó por resultas del primer fervor hacia la alianza rusa, no había dado respuesta á la carta notificatoria en que el sultán Mahmoud, al suceder al desgraciado Selim, le dió parte de su advenimiento al trono. Así los turcos apenas aguantaban al representante de Francia en Constantinopla, no le hablaban sino para quejarse de lo que llamaban traición nuestra, no le oían sino para manifestarle una desconfianza casi oprobiosa. Al consejo de ceder las provincias danubianas respondieron muy indignados, declarando que jamás abandonarían ni un solo palmo de territorio, y á la oferta de apoyarles, si se les exigía algo más allá de la línea del nuevo Danubio, respondieron con una indiferencia demostrativa de que no contaban con nuestro apoyo en ningún caso.

Napoleón se había lisonjeado de que á las primeras sospechas de nuestras desavenencias con Rusia cambiaría esta situación de repente; de que la misma Inglaterra, deseando poner término á las hostilidades entre turcos y rusos para proporcionar á éstos el libre uso de sus fuerzas, se inclinaría á aconsejar al diván la cesión de las provincias danubianas; de que desde entonces se sentirían los turcos tan mal dispuestos hacia Inglaterra como lo estaban á la sazón hacia Francia; de que viéndonos enemigos de los rusos otra vez, nos empezarían á mirar como amigos, y de que ya así se lograría hacerlos oír propuestas de alianza. De consiguiente previno á Mr. de Latour-Maubourg, encargándole la mayor reserva respecto de la legación rusa; que nada perdonara á trueque de bienquistarse con los turcos; que les declarara á medias palabras el resfriamiento entre Francia y Rusia; que les hiciera comprender cómo Rusia se vería obligada en breve á llevar sus fuerzas á otra parte desde el Danubio; que se abstuvieran por tanto de celebrar con ella una paz desventajosa, y que por el contrario siguieran la guerra estipulando una sola alianza con Francia. Dispuso que Mr. de Latour-Maubourg les explicara lo pasado por las propias faltas de ellos; por la muerte de Selim, el mejor amigo de Francia, á quien habían degollado cruelmente; por la debilidad, por la movilidad con que se abandonaron á Inglaterra, lo cual había obligado á Francia á aliarse con Rusia. Sin embargo, Mr. de Latour-Maubourg debía decir que era menester olvidar lo pasado, pasado ya desvanecido y sin ninguna fatal resulta para los turcos, con tal de que se volvieran á intimar con Francia y se le unieran francamente, pues de este modo salvarían las provincias danubianas, que estaban amagados de perder á consecuencia de una paz con Rusia.

Mr. de Latour-Maubourg no debía decir esto sino poco á poco, una cosa tras otra, y cuando sucesivamente llegara á noticia del público la indisposición de Francia con Rusia se podían presentar á esta nación como efecto de su propia conducta las propensiones de Francia á entenderse al fin con la Puerta. Órdenes tenía Mr. de Latour-Maubourg para ser muy prudente y para portarse de modo que pudiera retroceder á tiempo en el caso de que se operara una avenencia imprevista con el gabinete de San Petersburgo. Se le debía de avisar del momento en que las relaciones con este gabinete no consintieran ya ninguna esperanza de acomodo y en que se pudiera proceder á cara descubierta.

Respecto del Austria se debieron hacer aberturas de la misma clase y con no menos prudencia. No eran tan grandes los tropiezos en Viena como en Constantinopla, pues el matrimonio había unido á las dos cortes y á los dos pueblos, y el alumbramiento de la emperatriz María Luisa, que se aguardaba de un día á otro, facilitaría aún más la intimidad completa, y sobre todo si era varón el que naciera. Napoleón había despedido á Mr. de Metternich á Viena con la carta más amistosa para su suegro y con la renuncia al artículo más importante del último tratado que limitaba á ciento cincuenta mil hombres el ejército de Austria, lo cual era una muestra de confianza y un signo muy marcado de afecto. Además Mr. de Schwarzenberg había hecho algunas insinuaciones de que se podía inferir la posibilidad de una alianza. Abandonando Napoleón la alianza rusa tan pronto como en Tilsit la contrajo, ordenó á Mr. Otto que en sus conferencias con Mr. de Metternich figurara no comprender lo que deseaba la Rusia; se mostrara incomodado, fatigado del espíritu inquieto, inconstante, ambicioso de esta corte; expresara un vivo sentimiento con motivo de las provincias danubianas que había empeño en abandonar á los rusos, y añadiera que, ya que un matrimonio unía á las dos cortes de Schenbrun y de las Tullerías y ya que parecía que iba á nacer un heredero de este enlace, llegado era el caso de no sacrificar el Oriente de Europa á odios extinguidos por dicha entre Francia y Austria. Estas aberturas debían ser hechas con mesura, muy despacio, por medio de palabras sueltas y que no se harían significativas del todo ínterin los representantes de Austria en París y en Viena no manifestaran deseos de entenderse más de plano. Respecto de la legación rusa en Viena se recomendaba á Mr. Otto mucho secreto y grandes consideraciones.

Imposible era que tantos movimientos militares, tantos regiros diplomáticos fueran por largo tiempo un arcano para la corte de Rusia. A mayor abundamiento existía el llamamiento de la conscripción de 1811, que ejecutándose en virtud de un decreto del senado, era un acto público destinado á ser universalmente conocido el mismo día en que se llevara á cabo. Con todo, Napoleón estaba resuelto á disimular estas operaciones hasta donde le fuera posible y á no llegar á las declaraciones sino en el último extremo, queriendo siempre hallarse establecido sólidamente sobre el Vístula antes de que tuvieran tiempo de presentarse allí los rusos. Por consecuencia reguló el lenguaje de sus agentes para con el gabinete de San Petersburgo en esta forma. «Respecto de la guarnición de Dantzick, que iba á ser aumentada, se debía decir que un inmenso armamento inglés dirigido hacia el Sund y con tropas de desembarco, exigía que una ciudad como Dantzick no se dejara expuesta á las empresas de la Gran Bretaña, añadiendo además que las tropas en marcha hacia esta ciudad eran alemanas, y que por lo tanto no debían inspirar recelo ninguno. Del propio modo habría que explicar las remesas de material que iban del Rhin al Vístula por los canales alemanes. En cuanto á los fusiles y cañones despachados á Sajonia, se debía alegar que teniendo que recibir el monarca sajón algunas cantidades de Francia y careciendo de un material proporcionado á sus nuevos Estados, se le pagaba en produc-

tos de las manufacturas francesas, reputadas entonces como las primeras de Europa para la fabricación de armas. Acerca de la conscripción se debía manifestar que no habiéndose sacado la que al año de 1810 correspondía, y absorbiendo muchos hombres la guerra de España, se llamaba ahora para esta guerra únicamente parte del cupo del año de 1811. Por último, cuando estuvieran agotadas todas estas explicaciones y acabaran por no tener valor alguno, Mr. de Caulaincourt estaba autorizado para declarar que efectivamente podía suceder que Francia se armase con doble idea, contra los ingleses y los españoles por un lado y contra los rusos por otro; que sin duda á éstos no se les quería hacer guerra, pero que se abrigaba mucha desconfianza respecto de sus intenciones; que se acababa de saber que llegaban tropas de Finlandia á Lituania y se construían trincheras junto al Dwina y el Dnieper, y por consiguiente, si el gabinete de San Petersburgo quería saber la causa verdadera de los armamentos de Francia, debía buscarla en los armamentos de Rusia; que si pedía una explicación aquel gabinete, se le reclamara oportunamente otra, pues hablando con franqueza, se suponía que Rusia, según sus preparativos, según su conducta á propósito de los neutrales, pensaba terminar pronto la guerra de Turquía, y tras de obtener el precio de su alianza con Francia por la agregación de Finlandia, Moldavia y Valaquia al imperio de los zares, celebrar la paz con Inglaterra y disfrutar así lo que hubiese adquirido, abandonando al aliado á quien se lo debía todo; que bajo esta hipótesis misma, no la peor imaginable, pues no era traición, sino solamente abandono, como que no se avanzaba hasta suponer que Rusia declarara la guerra á Francia, era menester no hacerse ilusiones teniendo Napoleón tomado su partido, y que la simple paz con la Gran Bretaña, sin añadir las hostilidades contra Francia, se consideraría como una declaración de guerra y obligaría á empuñar al punto las armas.

Por tanto Mr. de Caulaincourt tenía órdenes para oponer pregunta á pregunta, queja á queja, sobre todo á no precipitar nada, pues Napoleón quería ganar tiempo con el fin de poderse adelantar hacia el Vístula poco á poco, mientras Rusia se hallaba junto al Danubio retenida por el deseo y la esperanza de conseguir que las provincias danubianas fueran al cabo suyas.

Tales habían sido las providencias de Napoleón á los primeros signos de mala voluntad que descubrió por parte de la Rusia y que se atrajo él con sus propios actos, tratándola harto ligeramente á propósito del proyecto de matrimonio con la gran duquesa Ana; negándose á firmar la convención relativa á Polonia (único punto sobre que tenía razón); ensanchando sus ocupaciones de territorio hacia el Báltico de una manera alarmante para los Estados del Norte; tratando, en fin, al duque de Oldemburgo con extraño olvido de los miramientos debidos á un cercano pariente del emperador Alejandro. Cualesquiera que fuesen las causas de la situación esta, los hechos eran irremediables, y queriendo Napoleón estar pronto en aptitud contra Rusia, no podía ya dedicar más que á medias atención y recursos á España. Ya no había que pensar en su presencia, que por sí sola valiera muchos batallones, y sus ejércitos, privados de él en 1809 por la guerra de Austria, en 1810

por el matrimonio con María Luisa y las cosas de Holanda, iban á padecer igual privación en 1811 por los preparativos de la guerra de Rusia. Tampoco había ya que pensar, según el estado de las cosas, en una fuerza suplementaria de sesenta ú ochenta mil hombres que fuera de súbito á abrumar á los ingleses en Torres-Verdras, pues se trataba de preparar rápidamente tres cuerpos de ejército entre el Rhin y el Vístula. No obstante, quedaba el empleo más ó menos hábil de las fuerzas existentes en la península. Ya Napoleón, con algunos cuadros sacados del Piamonte y de Nápoles, había organizado una división de reserva para Cataluña, á fin de acelerar los sitios de Tortosa y de Tarragona. Con los reclutas sacados de los depósitos y destinados á completar los ejércitos de Andalucía y de Portugal había organizado otra división de reserva para enviarla á Castilla. No quería revocar ninguna de estas providencias, y con tales recursos, con el cuerpo del general Drouet, con el ejército de Andalucía, esperaba proporcionar al mariscal Massena auxilios bastantes para ponerles en situación de que triunfara de los ingleses. Por consecuencia, completando, precisando más, después de haber oído al general Foy, las órdenes que tenía ya dadas, prescribió al general Caffarelli que apresurara la marcha de la división preparada para Castilla; prescribió al general Thouvenot, que mandaba en Vizcaya; al general Dorsenne, que con la guardia se hallaba establecido en Burgos; al general Kéllermann, que se extendía desde Valladolid á León con la división de Serás y algunos destacamentos, no retener ninguna de las tropas del general Drouet y dejarle pasar con sus dos divisiones sin hacerle perder un instante.

A éste había intimado que se diera cuanta prisa pudiese; que reuniera entre Ciudad Rodrigo y Almeida todos los dragones que Almeida había dejado á su espalda, los soldados salidos de los hospitales, los víveres y las municiones que se debían haber preparado; que les agregara una por lo menos de sus dos divisiones, si no podía moverlas ambas, y marchara con estas fuerzas y un gran convoy en socorro del mariscal Massena, restableciera con él las comunicaciones á toda costa, no perdiendo, al restablecerlas, las suyas con Almeida y Ciudad Rodrigo, y prestara en suma al ejército de Portugal todos los servicios que dependieran de él sin consentir que le cortaran por la parte de Castilla la Vieja, llamando al general Dorsenne, si necesitaba ser socorrido. A éste había preceptuado Napoleón al mismo tiempo que ayudara al general Drouet, sobre todo si había algún empeñado lance con los ingleses, bien que no dispersándose, no fatigando á la guardia, que en ciertas eventualidades podía ser llamada á retroceder camino hacia el Norte.

Sobre estas órdenes expedidas á Castilla la Vieja despachó Napoleón otras no menos terminantes para Andalucía. Al general Soult previno que enviara hacia el Tajo el quinto cuerpo, mandado por el mariscal Mortier y compuesto, según suponía, de quince á veinte mil hombres, aunque para ejecutar estas instrucciones fuera menester debilitar el cuarto cuerpo, que guardaba el reino de Granada. De un pequeño tren de sitio se debía de proveer el quinto cuerpo á fin de concurrir al ataque de Abrantes, atropellando á las miserables tropas que bajo las órdenes de Mendizábal, O'Donnell y otros



formaban una especie de ejército de observación en torno de Badajoz, de Olivenza, de Elvas, y yendo seguidamente á toda prisa á ayudar al mariscal Massena á ocupar las dos orillas del Tajo. Además estrechó á su hermano José para que se privase de las tropas que no le fueran indispensables y las enviara sobre Alcántara: aceleró la formación de la división de reserva destinada á Cataluña para reforzar al mariscal Macdonald, que debía ayudar al general Suchet en la ejecución de los sitios de Tortosa y de Tarragona; recomendó al general Suchet que apresurase estos asedios con el fin de que pudiera marchar más pronto contra Valencia y apoyar después al mariscal Soult hacia Portugal en sus operaciones, y por último ordenó al almirante Ganteaume que estuviera pronto á embarcar á bordo de diez y ocho navíos algunos miles de hombres que se hallaban en Tolón juntos. Con esta especie de reflujo de todas las fuerzas de la península sobre el Tajo, se lisonjeaba de proporcionar á la vez un socorro material y moral á Massena pues hacía que se inculcara á todos los que debían dar auxilio al ejército de Portugal que nada de la península igualaba en importancia á lo que acontecía entre Santarem y Lisboa, como que de ello dependía quizá hasta la suerte de toda Europa.

Adoptadas por Napoleón estas providencias y después de haber otorgado al general Foy las recompensas que merecían sus servicios, confiriéndole el grado de general de división y el descanso de que necesitaba á causa de su herida, le hizo volver á partir á Portugal con el fin de entregar al mariscal Massena instrucciones, aunque ya despachadas por conducto de muchos oficiales. En ellas Napoleón anunciaba á este mariscal todos los socorros que le estaban destinados, todas las órdenes expedidas, tanto al general Drouet como al mariscal Soult, para que llevaran la concurrencia de sus fuerzas junto al Tajo: le recomendaba asegurarse de las dos márgenes de este río á fin de poder maniobrar sobre la una y sobre la otra; echar, no un puente, sino dos, según se había ejecutado en Viena, para no verse expuesto á perder sus comunicaciones y prepararlo todo en suma para la agregación del quinto cuerpo, y ya unido con el mariscal Mortier y el general Drouet, atacar al frente de ochenta mil hombres las líneas inglesas, y si no podía ganarlas, permanecer por lo menos delante de ellas, estar allí lo más posible, apurar á los ingleses, reducir al hambre á la población de Lisboa y multiplicar, en fin, para el enemigo las pérdidas de hombres y de dinero, pues mientras esta situación durara, la ansiedad en que se tenía al gobierno y al pueblo de la Gran Bretaña había de producir tarde ó temprano, y más con el aditamento de los sufrimientos mercantiles, una revolución en la política de Inglaterra, y por consiguiente la paz general, objeto en aquel instante de todos los esfuerzos de la política francesa.

Mientras se consumaban en el Norte los sucesos cuya relación acaba de leerse, el mariscal Massena, pasando el invierno de 1810 á 1811 á orillas del Tajo, entre Santarem y Punhete, haciendo los mayores esfuerzos por alimentar allí sus tropas y preparar el paso del río, no había recibido desde la partida del general Foy ninguna noticia de Francia. De consiguiente, se hallaba en aquel punto hacía cerca de cinco meses, sin comunicación de su gobierno, sin socorros, sin instrucciones y

desplegando toda la fuerza de su carácter para sostener el ánimo de su ejército, no entre los soldados, que habían tomado alegremente su situación extraña, sino entre los jefes, que estaban descontentos, desunidos, unos humillados de no mandar, otros disgustados de una campaña donde no había proeza que llevar á cabo y sí que acreditar mucha paciencia y resignación grande.

Los soldados se habían creado costumbres singulares, que revelaban la índole flexible y enérgica de nuestra nación. Careciendo de trigo, se habían habituado á vivir de maíz, de legumbres, de pescado salado, cual si hubieran nacido en las latitudes más meridionales de Europa. De este régimen, tan nuevo para ellos, les resarcía el carnero, la vaca, el vino, que todavía no les faltaba; mas sólo conseguían proporcionarse estos alimentos á costa de las mayores fatigas, y á menudo estaban obligados á irlos á buscar á tres ó cuatro jornadas del campamento, sobre todo luego de agotar los alrededores. A esto iban en partidas á las órdenes de sus oficiales, y despojaban las haciendas, registraban los bosques, donde hallaban á veces á los paisanos escondidos con sus rebaños y como en campos atrincherados, trababan con ellos la lucha cuando no podían obrar de otro modo, y después de haber vivido bien durante la travesía, traían fielmente el botín con que debían vivir las tropas. En tal existencia había una mezcla de buena y mala fortuna, de combates, de aventuras extrañas, que agradaban á su imaginación atrevida. Nadie puede negar que se cometieron muchos excesos en este despojo continuo del país, que había venido á ser su único medio de subsistencia, y á nadie puede causar maravilla. Sólo es lícito afirmar, por testimonio del general inglés mismo, que los franceses, siempre humanos, trataban á los portugueses sus enemigos mucho mejor que los ingleses sus aliados. Órdenes del día las más enérgicas había publicado el mariscal Massena para reducir al menor estrago posible aquel modo de alimentar la guerra con la guerra. ¿Y qué podía hacer cuando su gobierno le había puesto en situación de serle imposible mantener su ejército de otro modo? Además conviene añadir que estos soldados, á pesar de tan largas excursiones para alimentarse ellos y alimentar á sus camaradas, volvían casi todos al campamento, y que, después de muchos meses de semejante linaje de vida, apenas faltaban algunos centenares de ellos; ejemplo bien raro, pues hay muy pocos ejércitos europeos que no se hubieran desbandado del todo de resultas de tan rudas pruebas. Sin embargo, se habían formado algunas tropas de merodeadores alemanes, ingleses, franceses (estos últimos en número escaso) que, guareciéndose en las aldeas abandonadas y dando allí toda nacionalidad y todo deber al olvido, vivían en el seno de una verdadera abundancia que se habían proporcionado con su culpable industria. Lo más singular es que los franceses, siendo los menos numerosos de estas bandas, diéronles jefe en un sargento diestro y tunante, que se puso á su frente y logró que le prestaran obediencia. Sin concertarse los dos generales en jefe francés é inglés, coincidieron en el designio de hacer la guerra á estos merodeadores, y los fusilaban implacablemente cuando les llegaban á echar mano.

Massena quiso que con el producto del merodeo regularizado se proporcionara cada cuerpo una reserva de

galleta para diez ó doce días, con el fin de poder subsistir si había que concentrarse de pronto, ya para atacar al enemigo, ya para resistirle. Disgustados los cuerpos de la administración general, á quien echaban muy injustamente la culpa de sus padecimientos, excluyéronla de toda participación en su subsistencia, y se crearon, efectivamente, sus almacenes particulares con un verdadero egoísmo por el cual nadie pensaba más que en sí propio. No pudiendo así la vista del general en jefe penetrar en sus cosas, se llegó á ser imposible averiguar lo que poseían respectivamente, obligarles á que se ayudaran unos á otros, y sobre todo abastecer los hospitales que á menudo carecían de lo necesario. Cuerpo había, como el de Reynier por ejemplo, que situado en las estériles cumbres de Santarem, obligado á mantener muchos hombres sobre las armas, por la proximidad del enemigo, y no pudiendo enviar más que muy pocos al merodeo, estaba frecuentemente reducido á la más extrema penuria y se quejaba con vehemencia de su estado. Al principio, con el fin de igualar los padeceresse convino en que fuera Ney con el sexto cuerpo á relevarle: después éste, en el momento de cumplir su palabra, imaginó mil pretextos para excusarse y limitóse á enviar algunos quintales de granos á sus camaradas del segundo cuerpo. Con todo, le proporcionaron el pan y la carne, de que iba á carecer del todo, distintos hallazgos felices en las cercanías de Santarem y en Santarem mismo, dentro de las casas abandonadas, y algunos audaces descendos á las islas del Tajo. En suma, hasta el presente no se había aún hecho sentir el hambre, y mucho más se padecía bajo el aspecto del vestido. Destrozados estaban, tanto el traje como el calzado; pero aun bajo este aspecto no faltó á los soldados industria. Con cueros cogidos aquí y allí se remendaron los zapatos, y los que carecían de ellos se arreglaron abarcas al modo que los montañeses de todos los países las usan de la piel de los animales que les dan alimento. Con paño de todos los colores se compusieron los vestidos que, rotos ó extravagantemente remendados, atestiguan su noble miseria, sin quitar nada á su marcial porte.

Sólo eran dignos de lástima los oficiales, pues nada había que se igualara con sus escaseces. No teniendo para alimentarse más que lo que debían al efecto de los soldados, no pudiendo como éstos remendarse con sus propias manos el vestido ni ponerse en los pies abarcas, hallábanse reducidos á pagar precios enormes por el más mínimo servicio á los muy pocos operarios que habían quedado en Santarem y en algunas aldeas circunvecinas. Hasta cincuenta francos costaba la remonta de un par de botas, y para atender á estos gastos no había ni el recurso del sueldo, atrasado ya en muchos meses. Así sufrían á la vez por la necesidad y la humillación de su estado: con todo, les sostenía el sentimiento del deber, como el buen humor y el espíritu de aventuras sostenían á la masa de los soldados. Habiéndoles persuadido Massena de que estaban junto al Tajo para un grande objeto, de que muy pronto serían socorridos por fuerzas considerables, de que entonces podrían precipitar al mar á los ingleses, y de que entretanto era necesario ver de pasar el río, ya para recoger las riquezas del Alentejo, ya con el fin de preparar las operaciones futuras, les absorbía completamente este

paso del Tajo, sobre el cual disertaban sin tasa. ¿Se podría echar el puente, se encontrarían los materiales, se lograría emplearlos después de poder reunirlos, y en todo caso valdría la pena de ser tentada esta operación azarosa? ¿Sería prudente, después de efectuada, estar divididos en las dos márgenes del Tajo, ó valdría más, ya echado el puente, aguardar á que un cuerpo francés viniera de Andalucía á dar la mano al ejército de Portugal? Tales eran las cuestiones que agitaban todos en diversos sentidos y con la audacia de raciocinio peculiar de los ejércitos franceses, acostumbrados á discutir sobre todas las resoluciones que no ocupan más que á los estados mayores en otros puntos.

La creación del tren de puente sin útiles, sin madera, casi sin operarios, era el primer problema que el general Eblé se había lanzado á resolver con una perseverancia y una fecundidad de talento dignas de ser admiradas. Como se ha visto, hubo de disponer que se fabricaran azadones, hachas, sierras, y después de proporcionarse estas herramientas indispensables, hubo de enviar á que se derribaran árboles á un bosque no lejano del campamento, los cuales, ya cortados, se fijaban por un extremo en la parte delantera de la cureña de los cañones, y arrastrando el otro por tierra, eran casi conducidos á orillas del Tajo por los caballos de la artillería, ya fatigados, desherrados y mal alimentados; y hubo de hacer que aquellos troncos se serraran en tablas y que, arqueadas éstas, fueran formando barcas capaces de sostener el tablero del puente. Por fortuna se hallaron algunos serradores portugueses, con cuya ayuda se pudo dar prisa á la aserradura de las maderas. Un préstamo de algunos miles de francos hecho, según se ha visto, por los oficiales superiores y por los empleados del ejército, permitió pagar á estos operarios, pues desde la entrada en Portugal no se percibió la más leve suma, ni allí se encontró una sola moneda, á causa del cuidado que pusieron los habitantes en llevarse consigo ante todo cuanto poseían en dinero. Por lo que hace á los operarios sacados del ejército, costó mucho determinarles á este trabajo, no habiendo manera de darles jornal, y no pudiendo el jornal proporcionarles tampoco ningún goce en un país desierto. Alimentarlos bien era el único medio de retenerlos, y el general Eblé, aun prestándole Massena la ayuda de su autoridad, no lograba sino muy difícilmente que las divisiones próximas á los talleres alimentaran á algunos centenares de soldados que trabajaban para todos. Por dicha el excelente general Loissón, desviándose por el bien del ejército de continuo, costárale lo que le costara, aplicóse lo mejor que pudo á abastecer los talleres de los viveres necesarios. Merced á estos inauditos esfuerzos de inteligencia y de voluntad, el general Eblé adelantaba en su tarea, bien que resultara el inconveniente de la ruina de los caballos de artillería y de los bagajes. No había granos que darles, y el forraje se limitaba á un poco de verde, pues en Portugal no se hallaba por el invierno; pero este alimento no les daba gran fuerza, y así es que morían muchos. Ya el tren de artillería se había dismisionado en cien carros y más, é iba á ser preciso reducir cada división á menos de dos piezas de artillería por cada mil hombres, proporción la más restricta que pueda admitirse. Sin embargo, este mal producía una ventaja, aunque á la verdad hartamente triste, la de inutilizar cierta